

JULIA FON'S



Arrogante, magnífica, retadora aparece Julita Fons.

Suntuariamente vestida, tocando su cabeza con airoso y gallardo sombrero, eleva graciosamente su grácil figura sobre la escalinata.

El que la admire en tal posición, el que advierta su empaque noble y altivo que parece traducir una respuesta desdenosa á un mensaje de amor, supondrá que esta seriedad, sorprendida en una "academia" fotográfica, responde al temperamento de Julita Fons.

Nosotros bien sabemos que Julita, aparte de la solemnidad que inspira el objetivo, es alegría y gracia, movimiento y ritmo.

Digna de ser morena y sevillana, como la soñada por Campoamor, toda su sangre bulle y estremece su cuerpo, ante el espectáculo de una noche de Mayo del vergel andaluz, oreada por azahares y claveles, salmodiada por la música de coplas errantes, que pintan suspiros y rejas, misterios y flores.

Ved cómo evoca esos recuerdos Julita Fons al asomar su alma gitana por sus ojos negros, grandes y escrutadores; al romper la línea armoniosa de su cuerpo; en el gracioso y rítmico ondular de sus bailes que pone por elocvente y expresivo comentario á los cuplés dichos con acariciadora mimosidad; en su clavellina boca, cuando se abre á los donaires y á la charla de su picaresca conversación, en la que hay constantes chispazos de cosas de la tierra; en todo su palpitante, en fin.

Julita Fons ha logrado en poco tiempo personalidad y distinción en su género, y en Eslava, donde asienta el trono de sus gracias, la tiple sevillana trae loco á todo el mundo,

desde el abonado altivo al que pesca en gallinero lo que buenamente puede de la sicálipsis y de sus alrededores.

Si Julia Fons seleccionase unos cuantos cuplés y se decidiera á la conquista de París, ya que otros públicos, como el de América, se la rindieron antes, alcanzaría muy pronto una famosa reputación de *divette* con vistas al más favorable internacionalismo.

¡Qué memorias tan interesantes podría ofrecernos después, ya que sus aficiones literarias la llevaron á escribir, no hace mucho, unas impresiones de su vida!

Yo declaro que siento por la juvenil y triunfante tiple de Eslava una extraordinaria simpatía.

FLORIDOR.



CUPIDO APUNTADOR

De manera que es cosa decidida?

—Completamente. Juanito Cardoso ha pedido mi mano. El domingo es la primera amonestación en San Luis.

—¡Qué cosa más rara...! ¡No acabo de comprender...! ¡Pero si varias veces me habías dicho que Cardoso te era más antipático que un lunes sin nómina!

—No lo niego, pero ya sabes que hay siempre un oportuno cuarto de hora.

—¿Pero cómo fué...? ¡Ay, hija, siento una curiosidad tremenda! Dime...

—Mujer, ha sido ¡qué sé yo!, de pronto, no sé cómo, una improvisación.

—¿Una improvisación?

—Ni más ni menos. El propio Cardoso tampoco se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido. El mismo se pregunta si todavía nos casaremos.

—¡Pobrecillo! ¡Bien ha sufrido! Ha pasado dos años en una angustia cruel. El amor me lo tenía

hecho un hilo. Daba pena verle. No abría la boca más que para pedirnos noticias tuyas, para hablar de ti, para elogiar tus méritos. Se había vuelto pensativo, triste.

—Era graciosísimo...

—¡Mujer!

—A mí, cuánto más triste estaba, más gracia me hacía

—¿Y lo dices con esa tranquilidad?

—¿Y por qué no? Su aspecto tan compungido, con aquellos ojos suplicantes, en perpetua agonía, me ha hecho reír como una tonta. Yo le decía muchas veces en los ensayos: "Pero, Juanito, ¿por qué me mira usted de ese modo tan... medioeval?"

—¿Y él?

—El, mudo como un pez. Abatía la mirada, daba un suspiro y se iba á un rincón á darle un repasito al papel.

—¡Qué tipo tan original!

—Nunca, nunca se atrevió á decirme: "La miro



á usted porque me da la gana, porque me gusta, porque tiene usted unos ojos muy bonitos", en fin, lo que dicen los hombres.

—¡Naturalmente!

—Le tomé una rabia tremenda. Siempre como un palo, muy tieso y muy serio detrás de mí, pero sin propasarse en lo más mínimo... que á veces es indispensable.

—Pero mujer, ¡qué bobo! Y entonces, ¿no te ha declarado su amor todavía?

—Sí, después de dos años, pero no por su boca.

—¿Por escrito?

—No, no... ¿Por quién dirás?

—¿Por conducto de su padre?

—¡Por el apuntador!

—¡Hija, qué cosa tan rara!

—Sí, durante la representación de una comedia, en el mismo escenario. Verás. El hacía el galán de la obra, y en la tercera escena del acto primero

tenía que decirme estas frases: "Carmen, mi amor es tan inmenso que ni aun el mar podría contenerle; un amor puro, honesto, limpio, sincero. Yo os lo ofrezco, yo seré feliz si lo aceptáis, si oís sin enojaros ésta mi confesión, Carmen, yo os adoro." "¡Pobre joven! ¡Hábéis sufrido mucho! ¡Esta es mi mano!" ¿Te gusta?

—Muy sentimental, muy bien dicho, pero no veo...

—Mira, Cardoso puso tal ternura en sus palabras, que yo me sentí dulcemente conmovida, interesada. Al otro día representábamos la misma obra, y al llegar á la escena que te he referido, Cardoso, un poco turbado, confuso, va y empieza su relación de este modo: "Matilde, mi amor, etc., etcétera". Puedes figurarte mi sorpresa y mi rubor al mismo tiempo al oír llamarme por mi nombre. El pobre Juanito no se atrevía á hablar, mirándome aterrado de su inconsciente audacia. ¿Te parece? ¿Decirme todo aquello delante de 400 espectadores...!

Quando terminamos la escena, vino hacia mí y me dijo con acento tremante de emoción: "¿Me perdona usted, Matilde?" "¿El qué?" "Mi distracción de antes." Yo le envolví en una mirada de esas definitivas, y, tendiéndole mi mano, le dije: "¡Sí, hombre, sí... y vamos, ya era hora!"

—¡Loquilla!

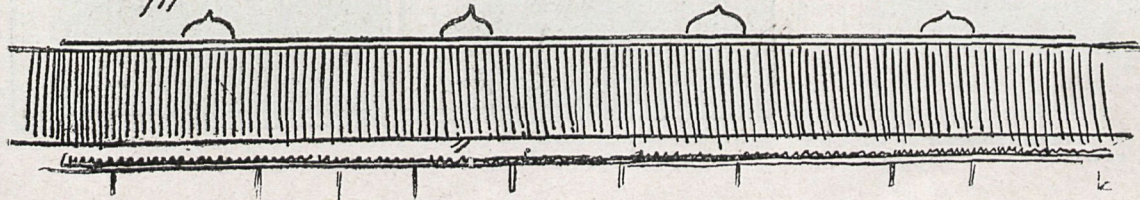
—¿Qué? ¿He hecho mal?

—No, pero me parece que has precipitado un poco los acontecimientos.

—¿Precipitar? Pues hija, si no aprovecho la ocasión, me caso de característica! ¡¡Y gracias al apuntador!!

LUIS GABALDON.

DIBUJOS DE N. MUGUILL



MARTA REGNIER EN LA COMEDIA

En breve se presentará al público del teatro de la Comedia, de esta corte, la notable actriz francesa Marta Regnier, del teatro de la Renaissance, de París, y una de las que más justamente han conseguido en estos últimos tiempos universal nombradía.

Marta Regnier realiza actualmente tan brillante campaña en el teatro Filodrammatici, de Milán, contratada por el empresario Ulmann, que ha quedado decidido repetir anualmente la temporada no sólo en el teatro milanés, sino en los demás de Italia, para dar á conocer las últimas novedades del arte dramático francés.

Con esta noticia encontramos en los periódicos de Milán el siguiente juicio que, por ser el más reciente, ha de interesar más á nuestro público:

"La Regnier es una artista á quien se escucha con placer grandísimo, y que no se rodea de medianías para que resalten más sus méritos, sino que procura siempre trabajar con actores dignos de ella y escogidos entre los mejores de los teatros parisienses.

"Marta Regnier es toda ella gracia y vivacidad; tiene una fisonomía encantadora, ojos enormes y voz agradableísima. Su modo de recitar es natural y espontáneo, y su gesticulación elegante. Obtiene los mayores efectos sin esfuerzo alguno y sin exageraciones cómicas, con un arte incomparable.

Seduca al público con su vivacidad y su elegancia, así como con su juvenil gracejo, y deja siempre en el espectador el deseo de volver á oirla, que es volver á admirarla."

Marta Regnier dará en Madrid cinco representaciones, interpretando *Mademoiselle Jossette, ma femme*, ya conocida en España con el título de *El matrimonio interino*, *Le bonheur*, *Jaqueline*, *Jeunesse*, *L'âne de Buridan* y *La petite chocolatière*, obras todas estrenadas por ella.

La carrera artística de esta notable actriz no ha podido ser más brillante. Después de obtener el primer premio de comedia en el Conservatorio de París, fué contratada en el teatro del Odeón, y se presentó con *La escuela de las mujeres*, creando luego diversos personajes que le valieron otros tantos éxitos.

Pasó del Odeón á la Comedia Francesa, donde continuó siendo actriz predilecta del público; luego se trasladó voluntariamente al Vaudeville, desde donde pasó de triunfo en triunfo al Odeón y luego al Gimnasio. Al comenzar la temporada actual inauguró el teatro de la Renaissance, estrenando *La petite chocolatière*, obra en que se la ovacionó durante más de 150 representaciones consecutivas.



Marta Regnier.



Marta Regnier en una de sus creaciones.



Otros dos tipos teatrales creados por la insigne artista francesa.

LA SEMANA TEATRAL

ASPECTOS DE LA SEMANA

FRANCESA. «AMORES Y AMORÍOS», COMEDIA EN CUATRO ACTOS, POR D. JUAN QUÍN Y D. SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO. SALÓN NACIONAL. «LA DOBLE VIDA», DRAMA EN DOS ACTOS, POR D. JOSÉ FRANCÉS

Amores y amoríos", después de haber sido aplaudida por varios públicos de América, obtuvo la reválida de su triunfo ante el de Madrid. El éxito fué franco y sin nubes, bien que una parte considerable de él correspondiese á la insigne María Guerrero.

Tiene la nueva comedia de los Sres. Alvarez Quintero una tesis simpática é idealista: la superioridad del amor sobre los amoríos ó caprichos sensuales. Tiene el fácil desarrollo que dan á sus fábulas dramáticas estos notables autores, tan expertos en la técnica de las tablas, la gracia flúida y fácil, contenida siempre en límites decorosos, que razona sus obras y ese tono medio de discreción y de equilibrio que tan bien responde á los gustos de la mayoría del público, partes todas por las cuales se explica sin dificultad el agrado con que el público de la Princesa presencié esta comedia.



Fernando Díaz de Mendoza en «Amores y amoríos».

El primer acto transcurre en una quinta andaluza. Es de noche, sin duda hace luna, sin duda el aire está lleno de aromas. Aquel marco poético del jardín está pidiendo un dúo de amor, y el dúo de amor sobreviene. Juan María, que iba á sa-

lir en busca de una aventura fácil, se encuentra en el jardín con Isabel y la declara su amor, un amor que no quería confesarla, porque la característica de este personaje es el miedo al amor, al recelo de que una pasión fuerte y absorbente se apodere de él y le prive de su libre y grata vida de soltero. Pero estaba



María Guerrero en «Amores y amoríos».

escrito, en su horóscopo y en la comedia de los Sres. Quintero, que el amor había de venir á buscarle á aquella quinta de los Rosales, donde Isabel, con su padre D. Alejandro, gran amigo de D. Leoncio, padre de Juan María, está pasando

una temporada. Este D. Alejandro no vuelve á aparecer en la comedia y su finalidad dramática parece ser la de marcar el principio de la herencia en el carácter de Isabel. Don Alejandro es un hombre enérgico, firme, inquebrantable, por el cual puede explicarse la relativa entereza con que se conduce Isabel en el curso de la comedia.



Díaz en «Amores y amoríos».

El segundo acto nos lleva de aquel jardín de ensueño, donde ríe la luna y canta el amor su canción eterna, al cuarto de soltero de un simpático calavera, Jorge, amigo de Juan María. Hemos pasado del amor á los amoríos. La decoración de la *garçonnière* nos sorprende un poco. Las paredes están cubiertas de pinturas caricaturescas de cupletistas, de parejas que se preparan á cantar el dúo de los paraguas, de pescadoras de corazones. Esto nos trae vagas memorias de Romea en sus buenos tiempos de *Music-hall* y de La Farmacia. Nuestra corta experiencia duda si serán así los cuartos de soltero. Este acto, que en realidad no es más que una escena estirada, sirve para enterarnos de que Juan María, inconstante y temeroso siempre del amor, ha roto con Isabel, pero no

LA SEMANA TEATRAL

ha logrado olvidarla y también para presentarnos algunos personajes: Jorge, el calavera que va á casarse al día siguiente con una muchacha rica para librarse de la nube de *exigentes*, vulgo acreedores, que le agobia. Moyita, un marido enamorado de su mujer, que ha sido de aquella *trinca* de jóvenes alegres y va de cuando en cuando á verles y ponderarles su felicidad conyugal, á la que sólo falta un hijo. Este Moyita es un tipo caricaturesco que no acaba de convencernos de que haya sido nunca un calavera, aunque bien puede ocurrir que los haya tan simples como el tal sujeto. Otro amigo, personaje de menos relieve, y un gracioso criado andaluz completan el cuadro.

En el tercer acto, que, como el segundo, es una escena prolongada, asistimos á la boda de Jorge. Hay allí un lindo ramillete de muchachas, casi tan desventuradas como los calaveras del acto anterior; lo cual quizá sea menos inverosímil de lo que parece, pues la desenvoltura femenil, esa desenvoltura que tiene algo de jactancia y no siempre es señal de malicia, es una de las ramas del feminismo que ha hecho mayores progresos. Juan María no da paz á la mano escribiendo versos en abanicos, porque Juan María es poeta y no hay inconveniente en que por tal le tengamos, bajo la fe de los Sres. Alvarez Quintero. Después surge el encuentro con Isabel, que es la razón de ser del acto. Ella, desdeñosa y ofendida; él, enamorado otra vez. Se prevé el desenlace.

El cuarto acto se desenvuelve en casa de D. Leoncio, el padre de Juan María. A la tertulia de don Leoncio acuden, entre otros amigos, D. Alejandro é Isabel. ¿Cómo Juan María, que ha rogado á Isabel que no deje de frecuentar su casa, se encierra en su despacho y no sale á verla? Es el miedo al amor. Pero acontece que ella, creyéndole ausente, entra en el despacho á recoger un retrato suyo que Juan María conserva. Se encuentran, y en una bella escena se reconcilian. El amor ha triunfado con las dulces paces. La acción de la comedia es como una línea circular que vuelve al punto de partida, á la poética escena de amor del jardín andaluz plateado por la luna.

La acción de *Amores y amoríos* se desenvuelve sencilla y claramente; tan claro es el ambiente de la

comedia, que se vislumbra á lo lejos el desenlace cuando aún faltan para llegar á él algunas jornadas. Quizá resulta demasiado diluida en los cuatro actos de que se compone la comedia, pero el ingenio de los Quintero suple la cortedad del asunto. De los personajes se destaca naturalmente la figura de Isabel y se destaca más todavía por haber tenido tal intérprete como la Sra. Guerrero, que obtuvo un legítimo triunfo personal por el arte sumo con que dió vida á la simpática figura de la protagonista, animándola con los matices de ternura, de pasión, de dignidad ofendida que se suceden en el alma de la novia de Juan María. De este personaje, muy inferior estéticamente y de todas maneras á Isabel, sacó el Sr. Díaz de Mendoza (F.) todo el partido posible. Figuras muy bien trazadas en la comedia son las de Lauro, un viejo jardinero andaluz, archivo de sentencias y de la sabiduría práctica que se aprende en las aulas de la vida, y D. Leoncio, campechano, ocurrente, alegre y sagaz, Lauro, en fino y sin el tono sentencioso. Los actores encargados de estos personajes, Díaz y Palanca, fueron aplaudidos con justicia, en particular el primero.

Moyita es uno de los tipos más endebles de la obra, con visible tendencia á lo grotesco, y el Sr. Vargas lo agravó subrayando las líneas de caricatura del tipo. No hay que ser más papista que el Papa, ni siquiera tanto, sino un poco menos. Pero aun con una interpretación más sobria, Moyita hubiese resultado siempre algo caricaturesco.

El asunto de *Amores y amoríos* parece pequeño y trivial; la reconciliación de unos novios, pero la poesía y el sentimiento engrandecen en la vida real estos menudos hechos que no pasan á la historia, mas se cuentan en novelas y comedias, que son marco propicio para la historia de las almas. Con estos pequeños acontecimientos se componen esas grandes y majestuosas palabras: felicidad, desgracia, que se reparten las vidas de los hombres tan reñida y celosamente que en una misma vida quieren ambas tener su parte de verdad ó ilusión, que es casi lo mismo si la ilusión es lo bastante intensa para parecer verdad.

Los Quintero tienen el secreto del apacible entretenimiento, que no remueve demasiado el ánimo ni

nos acõgoja, ni sobresalta, ni levanta llamaradas de pasión, pero nos baña en una ligera y fresca poesía y produce una blanda y benévola distensión del espíritu. Los higienistas deberían recomendar sus comedias que pertenecen al número de los calmantes espirituales.

* * *

La doble vida" hace pasar por el escenario del Salón Nacional una ráfaga de poesía metterlinckiana. Esta obra, bastante defectuosa en punto á la composición y á la motivación escénica, es, sin embargo, obra de un artista y de un poeta y yo la prefiero á esas comedias ó dramas que están bien de técnica, de arquitectura, de andamiaje, pero no tienen dentro más que una pobre imitación de los autores en boga.

En *La doble vida* hay escenas de penetrante poesía que nos hacen olvidar la inverosimilitud y la falta de motivación de algunas escenas. La fatalidad continúa siendo la gran musa trágica, pero ahora, asistida por el ruido de la civilización, se ha refugiado dentro de nosotros y se llama herencia, anomalías psicológicas, anormalidad. El drama del Sr. Francés es un drama de anormales, un drama de locos, atacados de una conmovedora y poética locura de amor. Leonardo Marianela, cansado de la vida de disipación, se retira á una quinta, donde flota el recuerdo de una tragedia amorosa. Allí habitó una pareja de enamorados que un día quiso abandonar la vida durmiéndose entre flores venenosas. Ella sobrevivió, pero perdió la razón, y un día, Luciana, la pobre loca, vuelve á la casa de su amor y cree reconocer en Leonardo al marido muerto y sigue allí por una inexplicable complicidad de médicos, parientes y del mismo Leonardo. Luciana y Leonardo se aman. Poco á poco Leonardo va identificándose con el muerto, que ama en él Luciana. Cree que hay una doble vida, que él es el muerto, y al cabo, cuando asoma el presentimiento de que van á separarlos, se reproduce la tentación del suicidio y Luciana aparece con el brazo de las flores trágicas del sueño y la muerte. La casa encantada abre otra vez sus puertas á la tragedia.

Hay en el drama de Francés una generosa vena de poesía que á veces no sale lo bastante á la super-



ficie. Es obra para un público de delicados que prescindan de la frágil y defectuosa contextura dramática, para oír la voz de misterio que habla en el alma de los personajes. El autor debe atender más á la técnica, cuidar de la verosimilitud, pues hasta lo maravilloso requiere hoy formas verosímiles, motivar mejor las situaciones. Aun con los defectos de mecanismo teatral que tan visibles son en esta obra, *La doble vida* es un trabajo literario de positiva valía, que se eleva sobre lo vulgar y encierra elementos de interés y de belleza.

La Srta. Acosta interpreta con mucho acierto y delicadeza el papel de Luciana. Especialmente en el momento en que ésta aparece huída del manicomio, muy pálida, vestida de negro, con traza de aparición de ensueño modernista, tiene la actitud, el gesto, la expresión que concurren á dar la sensación de misterio que rodea á aquella figura atractiva y enigmática. Ella y el Sr. Llopis compartieron con el autor los aplausos que tributó el público á *La doble vida*.

ANDRENIO.

REVISTA MUSICAL

«SALOMÉ»

Ricardo Strauss ha triunfado una vez más entre nosotros. Yo tenía cierto recelo de que el público pudiese desconocer la belleza del poema de Oscar Wilde para no advertir más que su refinada depravación. Al propio tiempo abrigaba temores de que la parte más numerosa y menos culta de los espectadores, que aún no se conmueve ante la divina belleza de la trilogía wagneriana, no penetrase tampoco en el espíritu de la música de Strauss, informada por la misma tendencia estética, siquiera aparezca oscurecida por una mayor y más artificiosa complejidad. Por fortuna, el arte de Ricardo Strauss se impuso desde el primer instante, y todos, aun los que más prevención tenían contra la índole y la tendencia de la obra, rindieron el mismo homenaje de admiración al compositor y al poeta.

No conozco obra alguna, entre todas las que han producido los afiliados á la escuela wagneriana, que ofrezca una observación tan consciente y minuciosa de los prin-



Sra. Petri, Sr. Scampini y Sra. Belliacioni en «Salomé».

cipios que proclamó en sus escritos y practicó en sus obras el inmortal reformador. Alguno de ellos, Humperdinck, por ejemplo, en Alemania, y Ruperto Chapí entre nosotros, han sentido con más intensidad el soplo de la inspiración originaria, pero en cuanto al procedimiento de la composición han permanecido sin duda más alejados que Strauss de su asombroso modelo, ya que ninguno aceptó incondicional y sistemáticamente aquel riguroso método de composición por medio de los *leit-motiven* que fué alma de las últimas obras wagnerianas y esencia de su estilo.

En la partitura de *Salomé* puede realizarse la misma labor de análisis crítica que en el *Parsifal* ó en el *Goetterdaemmerung*. Cada personaje, cada instante de la acción, con sus móviles arcanos y sus relaciones misteriosas, halla su expresión en un motivo que alcanza un valor representativo tan convencional, pero también tan elocuente, como la palabra.

Por tal medio están personificados en la música de Strauss, no sólo las figuras que toman parte en la acción dramática, como Salomé, Jochanaan, Herodes, Herodías y Narraboth sino igualmente simbolizado el Redentor y hasta las mismas profecías que anunciaron su misión en el mundo del pecado.

En derredor de tales temas musicales, que tienen el valor de un nombre y llegan hasta equivaler

al perfil de un retrato, se agrupan otros temas principales que están relacionados con una idea ó un estado moral. Tales son el que antes he citado, anticipándome al razonamiento de las profecías, y los de la penitencia, de la voluptuosidad, de la venganza, de tantos otros, en fin, cuya enumeración sería aquí prolija. En este punto llega la minuciosidad de Strauss á verdaderos extremos. Su obra, según el cuadro sinóptico de temas publicado en el libro de Taubmann, que Luis París reproduce en su excelente traducción del texto de Oscar Wilde, comprende hasta *cinco* y *cinco* motivos diversos que corresponden á otros tantos matices poéticos. Muchos de ellos se agrupan en derredor de la figura de la protagonista, cuya complicada psicología ha querido Strauss acusar con minuciosidad detallista y minuciosa. Así vemos representados musicalmente la voluptuosidad de Salomé, sus ansias y sus angustias, su energía y sus odios, su transfiguración y su venganza. Algún fragmento de estos temas fundamentales viene á significar de un modo secundario otros matices de aquel alma femenina, á un propio tiempo ingenua y perversa, impulsiva y complicada, que gusta de morder el fruto del amor aun á través del horror de la muerte.

Con tales elementos, cuyo valor sustantivo en el terreno de lo puramente estético pudiera ser contestado en lo que á alguno de ellos concierne, teje Ricardo Strauss su